

CUBA, OTRA OPORTUNIDAD

Esta es la historia de Roque y Manuela, un relato que atrapa como si de una epopeya o novela de hazañas se tratase. Su aventura a ambos lados del Atlántico sugiere escenarios en los que emergen barcos que navegan hacia ciudades exóticas de islas lejanas, surcando mares entre tempestades, naufragios, rescates y piratas.

Ambos nacieron en 1886, en un pequeño pueblo sanabrés del noroeste zamorano. La familia de Manuela tenía una posición económica acomodada, ya que poseían un gran número de fincas. En cambio, la situación familiar de Roque era muy diferente, su padre murió cuando él contaba tan sólo 9 años, por lo que para llevar el sustento a casa, tuvo que hacerse cargo de muchas labores agrícolas propias de un adulto. Para arar la tierra, tenía que colocarse el pesado arado romano en el hombro y mientras otros niños de su edad se dedicaban a jugar, él trabajaba en el campo para ayudar a su madre a sacar adelante la familia.

A los 18 años se enamoraron, para disgusto de la familia de Manuela, que consideraban que su hija podía aspirar a algo mejor. Roque aunque de origen humilde, era honrado, trabajador y luchador infatigable, cualidades que supo apreciar Manuela. Así, en el otoño de 1911, se casan, no sin el apoyo de la familia de ella, por lo que se enfrentan juntos al futuro sin más bagaje que su entusiasmo y la decidida determinación de ser felices a toda costa. La labranza es su medio de vida, un trabajo agotador y con poca recompensa, del que apenas obtienen lo necesario para poder malvivir. Al año siguiente nace Trinidad, su primera hija y a pesar de tratarse de una feliz noticia, saben que es una boca más que alimentar.

Agobiados, piden prestadas 250 pesetas a un vecino, que les permite comprar 30 cerdos, con los ganarse el sustento. Pero el caprichoso destino determina la propagación de una epidemia que acaba con la recién adquirida cabaña porcina. Ahora tienen dos deudas: la adquirida en la boda, y el préstamo del vecino y no tienen recursos para devolver ninguna de las dos. Roque se desplaza a Madrid en busca de trabajo, allí se gana la vida de jornalero, trabajando de sol a sol, con la esperanza de ahorrar lo suficiente para sacar adelante a su familia.

En el verano siguiente, Trinidad cuenta ya con 10 meses de existencia, es una preciosa niña rubia de ojos azules que Manuela cría con todo su amor y dedicación. Sin embargo, acaece un suceso que las supersticiosas gentes del noroeste español de esa época consideraban relacionado con el mal de ojo: Vivía en la zona una mujer, que realizaba

actividades relacionadas con la brujería. Una tarde, cuando Manuela paseaba con su hija, la fatalidad quiso que se cruzase con la mujer; la joven madre, recelosa de la reputación que la precedía, hizo ademán de desviarse, pero aquella le dijo: *“No te vayas, déjame ver a esa niña que estrechas entre tus brazos”*, y, al observar la belleza de la pequeña, añadió: *“Es demasiado hermosa para ti, no te la mereces, no te durará mucho”*. Manuela le respondió: *“Si Dios me la ha dado será porque me la merezco”*; pero, se quedó angustiada ante las inquietantes palabras, pues pensaba que podría tratarse de uno de sus sortilegios. Casualidad o no, 8 días más tarde, la niña enferma gravemente y muere horas después. La joven pareja continúa probando el amargo sabor del infortunio, ya que se encuentran sin bienes y con la tristeza de la pérdida de su hija.

Les llegan noticias de que mucha gente está emigrando a Cuba, allí hay trabajo para todos y se puede ganar dinero con cierta facilidad. Observan como muchos de sus paisanos venden sus bienes y parten rumbo al Nuevo Continente en un éxodo casi masivo. Deciden que viaje primeramente Roque, con el fin de encontrar trabajo y, una vez haya ahorrado el suficiente dinero para el pasaje de Manuela, que sea ella la que se reúna con él. Llega el instante de la partida para La Coruña, el momento de la separación de la pareja es de gran emotividad, pues desconocen cuándo volverán a estar juntos nuevamente. Al dejar atrás las últimas casas del pueblo, Roque no puede contener las lágrimas; la emoción, da rienda suelta a la esperanza y la angustia; intenta sobreponerse pues entiende que es una etapa más de su vida que debe afrontarla con la valentía y gallardía de la que siempre hizo gala. Cierra los ojos, tratando de memorizar en su mente las últimas imágenes y percepciones de su querida Sanabria natal y que muy probablemente las echará de menos cuando llegue a Cuba.

El 21 de diciembre de 1913 embarca en La Coruña en el buque que le llevará a Cuba. Los marineros sueltan amarras y, tras un titubeante y lento arranque, el barco empieza perezosamente a moverse, zarpando con rumbo al otro lado del Atlántico. El joven emigrante comprueba la frenética actividad de cubierta, los pasajeros de 1ª Clase arrastran sus pesados baúles tratando de encontrar sus camarotes, la tripulación pone un poco de orden y consigue acomodar a los viajeros en los alojamientos de sus respectivas categorías. Roque exhibe una y otra vez su billete de 3ª Clase hasta que uno de los marineros le indica que le siga; descienden por una escalerilla de estrechos escalones metálicos a las cubiertas inferiores y, adentrándose en las entrañas del buque, le conduce por los sollados de los entrepuentes a una gran sala llena de literas de madera cubiertas por unas colchonetas, que no parecen ni cómodas ni limpias; al lado, una

cisterna le sirve para asearse y al final del pasillo las letrinas para su servicio. El billete de 3ª Clase, no le da derecho a camarote, debiendo dormir junto al resto de emigrantes, aunque peor suerte tienen otros compañeros de viaje, que han sido instalados en la parte libre de carga de las bodegas. La travesía no resulta sencilla, pues tiene que soportar grandes incomodidades derivadas del hacinamiento, falta de higiene, parásitos, frío, etc., a lo que hay que añadirle los mareos y vómitos de la falta de costumbre de navegar. Las comidas se efectúan a golpe de campana, los de 1ª y 2ª Clase lo hacen en los comedores, mientras que 3ª Clase deben esperar cola para que les sirvan una bandeja en la que siempre hay el mismo menú: pan de centeno, potaje o sopa, tocino y patatas.

Durante el día, deambula por las cubiertas a las que le está permitido el acceso y se fija en que no hay suficientes botes salvavidas para todos los pasajeros del barco y le viene a la mente la historia del hundimiento del “Titanic en 1912, en el que sólo lograron salvarse unos pocos porque no había lanchas para todos los pasajeros. Consigue adentrarse en la zona de 1ª Clase, para conocer los lujos de los pasajeros de esa categoría y descubre con asombro la suntuosidad de sus comedores, en los que los pasajeros no tienen que esperar cola para comer, lo hacen sentados y atendidos por camareros perfectamente uniformados que con distinguida elegancia sirven a los comensales toda clase de manjares. A hurtadillas, llega hasta el salón de fumadores, donde los pasajeros entablan conversaciones de negocios en la sobremesa. Prosiguiendo con su exploración, recorre una a una, todas aquellas dependencias del barco vedadas para los pasajeros de la Clase Emigrante; contempla el salón de música, el más lujoso de todo el barco, configurado por columnas y arcos de estilo árabe exquisitamente repujados en madera con el techo rematado por una soberbia cúpula acristalada de la que cuelgan una enorme lámpara de cristal. Temeroso de que su presencia pueda ser delatada, decide abandonar su furtiva visita y regresa a la zona a la que por su condición social pertenece. Muchas noches, al no poder conciliar el sueño, sube a cubierta, se tiende en uno de los bancos de madera, se tapa con una manta y se dedica a contemplar el estrellado cielo nocturno.

Después de 14 días de navegación, se empieza a otear las bellas y verdes costas cubanas y la gente empieza a gritar alborozada, pues ya se presiente el fin del viaje. El buque entra en la estrecha bocana de la bahía de La Habana y poco después atraca en el puerto. Los marineros auxiliares se afanan en anunciar a los viajeros que deben subir a cubierta con todas sus pertenencias. El nervioso e impaciente joven recoge su pequeño hatillo y se pone una vez más en la cola de 3ª Clase. Una vez en tierra firme, el Oficial de Inmigración le dirige una inquisitiva mirada de arriba abajo, como si

con ello pudiese ser capaz de dictaminar su estado físico y de salud, seguidamente repasa detenidamente toda su documentación y, con mirada indulgente, no exenta de displicencia, le explica que debe aguardar a que llegue su reclamante, pues de lo contrario no podrá entrar en el país y tendrá que esperar en un centro de acogida hasta que otro barco lo lleve de regreso a España. Unas horas después, el reclamante hace acto de presencia y Roque le muestra su “carta de garantía” para que se la entregue a las autoridades del puerto de La Habana y le autoricen la entrada en el país caribeño.

A los pocos días, le asignan un puesto de trabajo en la provincia de Oriente, a una distancia de 700 kilómetros. Parte para su destino en un tren que recorre toda la isla y para en numerosas estaciones, el viaje se hace pesado, pero le brinda la oportunidad de ir conociendo el nuevo país. Comprueba que la vegetación es exuberante, debido a la fertilidad de su tierra; el paisaje se caracteriza por sus grandes llanuras, sólo interrumpidas por algunas lomas de escasa elevación. Observa que las haciendas son enormes y están formadas por diferentes plantaciones que suelen pertenecer a un único dueño, las demarcaciones entre ellas están señaladas por pequeñas vallas de madera. Las diferentes partes de las haciendas están unidas por un complejo sistema de caminos y veredas, la mayoría son rectos, pero otros serpentean entre los campos y ascienden a las colinas próximas, desde donde se puede dominar toda la plantación, cuyos límites, en muchas ocasiones, se pierden en la lontananza.

El tren prosigue su viaje lentamente hacia su destino; el sol, que hasta hace algunas horas se mostraba brillante y abrasador, va perdiendo su fulgor y declina lentamente hacia su ocaso. El joven emigrante, vencido por la fatiga, empieza a mostrar signos de cansancio, se recuesta ligeramente sobre el carcomido respaldo de madera del vagón e intenta reposar durante un tiempo, hasta que exhausto, se queda profundamente dormido. Con las primeras sombras de la noche, lo que antes eran paisajes de vida y color, se han tornado en una penumbra casi completa, tan sólo, los mortecinos faroles de algunas cabañas de colonos rompen la monotonía de la oscuridad. Finalmente, las luces de una pequeña ciudad se comienzan a vislumbrar por el este, el fin del viaje está próximo. El tren hace su entrada en la estación de destino y Roque, desperezándose, se incorpora y observa por la ventanilla el nombre de la ciudad. Se encuentra en Puerto Padre, en la costa norte de la antigua provincia de Oriente, en el fondo de una bahía con acceso al océano a través de una estrecha bocana que forma un magnífico puerto natural. Una vez en la estación, alguien le hace señales con la mano, se trata del mozo de mulas de la diligencia que le llevará a su destino definitivo, el pueblo de

Chaparra a catorce kilómetros de Puerto Padre. Allí le adjudican alojamiento para que descanse, mientras le comunican en qué consistirá su trabajo: la zafra de la caña de azúcar.

De esta forma ingresa en el “Central Chaparra”, uno de los mayores ingenios azucareros del mundo, perteneciente a la compañía americana “Cuban-American Sugar Company”. Esa primera noche, en lo que será su hogar a partir de entonces, Roque apenas puede conciliar el sueño, en su mente se agolpan todos los sentimientos que hasta ahora, por la excitación del viaje, no había podido asimilar. En sus pensamientos siempre está presente su esposa en España, recuerda a sus amigos y familiares en Sanabria, la odisea de la travesía en el barco, el largo viaje en tren a través de la isla, y ahora, en su camastro del barracón, que hasta no hace muchos años había servido para albergar a los esclavos negros, la añoranza y la nostalgia se apoderan de él, invadiéndolo un profundo sentimiento de tristeza al hallarse sólo en un país extraño, pero realiza el esfuerzo de desterrar esos momentos de melancolía, ya que debe descansar porque al día siguiente inicia su nuevo trabajo y no puede defraudar a sus patrones. Por la mañana, el capataz de la plantación próxima al central azucarero le proporciona un machete y le explica en qué consiste su trabajo, es muy simple, “sólo” tiene que cortar caña de azúcar desde que se levante hasta que se acueste, con el breve intervalo de descanso de las horas dedicadas a las comidas. En definitiva, un trabajo durísimo, pero él, como buen sanabrés, es recio y duro y ya en Sanabria estaba acostumbrado a trabajar de sol a sol y “unas cañas de azúcar de más o de menos” no le van a detener en el intento de forjarse su porvenir.

Mientras tanto, Manuela se había quedado en España, donde la vida tampoco le había dado muchas facilidades. Echaba mucho de menos a su marido y, aunque éste periódicamente le enviaba dinero para pagar las cantidades que le había prestado Manuel, no sabía si podría seguir ahorrando lo suficiente para comprar el pasaje de barco para ella. Poco a poco, empezó a madurar una idea que al principio parecía una quimera, pero que al pasar los meses consideró que era la mejor opción: tenía que viajar a Cuba para encontrarse con Roque; al fin y al cabo, nada la ataba a España, su familia no le tenía gran aprecio, su hija había fallecido y su marido se encontraba en una lejana tierra.

Manuela apenas sabía leer y escribir, pero era una mujer muy inteligente y muy decidida, así que acude al Ayuntamiento para que le arreglen todo el papeleo, especialmente la carta de recomendación, que como sustitución del permiso paterno o del marido le permita viajar sola. Mediante otro préstamo, obtiene el dinero para comprar el pasaje para Cuba. Muchos vecinos le dicen que desista en el intento, pues acaba de estallar la 1ª Guerra Mundial y

aunque España se ha declarado neutral, los barcos de emigrantes no son bien vistos por el bando alemán y son sistemáticamente interceptados para evitar que transporten cargamento y material a las tropas aliadas, pero Manuela es una mujer con un arrojo admirable y, a estas alturas de su vida, ya ha sufrido lo suficiente como para que nadie, y mucho menos los alemanes, le frenen en su idea de viajar a América. La decisión ya está tomada: se irá en busca de su marido.

El 21 de diciembre de 1914, justo un año después que Roque, Manuela embarca en el vapor correo *Alfonso XIII* de la Compañía Trasatlántica, barco muy célebre por haber intervenido en la Guerra en Cuba contra Estados Unidos a finales del siglo XIX.

La travesía del Atlántico resulta un tanto agitada, pues el barco sufre múltiples contratiempos en alta mar que no presagian nada bueno. Después de un viaje muy accidentado con numerosos problemas, cerca de las costas cubanas, el viento huracanado procedente del Golfo de Méjico empieza a azotar impetuosamente al buque y los oscuros nubarrones descargan sin cesar trombas de agua sobre el navío sembrando la inquietud entre el pasaje. El barco sufre un nuevo y definitivo percance, que la tripulación es incapaz de reparar y que lo deja prácticamente inservible para la navegación, por lo que el capitán ordena al radiotelegrafista que lance la señal de SOS para su rescate. Entre los bramidos del viento, se pueden oír las desesperadas sirenas del barco emitiendo su angustioso mugido en busca de auxilio. En medio del vendaval, los vigías del puerto apenas pueden vislumbrar las luces de cubierta del barco que sigue pidiendo insistentemente ayuda con su lámpara Morse. El Puerto de La Habana se encuentra cerrado al tráfico marítimo por la tempestad y el Práctico no puede salir al rescate. El Capitán del buque comprende que tiene que intentar capear el temporal por sus propios medios en mar abierto, lentamente el buque vira en dirección norte entre las gigantescas olas que se estrellan contra las rompientes del cada vez más cercano arrecife, en pocos minutos sus luces se pierden entre la lluvia y la tenebrosa oscuridad. El caos se apodera de los asustados pasajeros, pues para la mayoría era su primer viaje en barco, incluso en el caso de Manuela, era la primera vez que había visto el mar cuando zarpó de La Coruña. Se vivieron momentos de dramatismo e incertidumbre, las horas pasaban y nadie acudía en su auxilio, el capitán debió notar una cierta deriva del barco, por lo que ordenó desalojarlo en los botes salvavidas, pero al igual que había ocurrido en el hundimiento del *Titanic*, no había suficientes para todos, por lo que muchos pasajeros de la Clase Emigrante fueron refugiándose en el interior de las bodegas del buque ante el miedo que les acechaba, muchos

empezaron a rezar el rosario, otros se confesaban ante algún sacerdote, pensando que la muerte estaba cerca. Manuela, por su parte, también creía que este era su fin y que ya no volvería a ver a su amado esposo.

Los instantes se hacen eternos y nadie se acuerda de los sufridos emigrantes, que parecen abandonados a su suerte; la tormenta parece haber cesado, ya no se oyen ruidos en cubierta y todo permanece bajo un inquietante silencio. Al caer la noche se abren con gran estruendo las puertas de las bodegas y aparecen unos hombres de raza negra, semidesnudos y sudorosos. Inmediatamente, les anuncian que son cubanos que han acudido en su rescate desde el Puerto de La Habana, que han logrado arreglar provisionalmente la avería y que se encuentran a salvo, pero que tienen que abandonar inmediatamente la nave porque corre peligro de hundirse. En las diferentes barcasas salvavidas dispuestas por parte de estas personas, Manuela junto a otras mujeres son instaladas en uno de los botes, sin advertir que en el bote no hay ningún miembro de la tripulación y que la persona que lo maneja no es ninguno de los hombres de color que entraron en la bodega. Una vez que se han alejado del barco y las luces de éste prácticamente son inapreciables en el horizonte, el hombre de raza negra, que hasta ese momento había bogado vigorosa y velozmente, detiene el bote súbitamente y, aprovechando la oscuridad de la noche, saca un machete de una funda del fajín que sujeta sus pantalones y, dirigiéndose a las atemorizadas mujeres, las conmina a que le entreguen, cada una, la cantidad de 5 pesos o las mata allí mismo y las arroja al mar. Manuela no dispone de esa insignificante suma y debe pedirla prestada a una de las compañeras del bote. Después de todos los infortunios, se encuentra en medio del mar a merced de un pirata de bajos instintos, sin más pertenencias que el hatillo que a duras penas mantiene consigo. No ha llegado a su destino y ya tiene una nueva deuda, se siente desgraciada, sola y desamparada. Una vez entregada la cantidad, el desalmado las llevó finalmente a puerto; el miedo y la inquietud impidieron a las desafortunadas mujeres efectuar ningún tipo de denuncia antes las autoridades de La Habana acerca de los acontecimientos sobrevenidos en el bote salvavidas, por lo que no se volvió a saber nada más del siniestro personaje. Finalmente, el *Alfonso XIII* fue trasladado a puerto por medio de un remolcador. Allí pudieron contemplar todos los pasajeros que el barco estaba fuertemente escorado, debido a los importantes daños sufridos en el casco.

Una vez en La Habana, quiso la fortuna que Manuela se encontrase con un sanabrés llamado José. Este hombre tenía la costumbre de acercarse hasta el puerto cada vez que arribaba un barco español y preguntaba si había algún pasajero de la provincia de Zamora. Al ver a Manuela, le preguntó por su procedencia, y ésta le respondió que venía de

Sanabria; él exclamó: *“Yo conocí a tu padre, pero no entiendo qué hace en estas circunstancias, y tan lejos de casa la hija de una familia rica”*; la joven le respondió que, al casarse, había sido repudiada por su familia y que venía en busca de su marido que había llegado un año antes, pero que, después del trance del naufragio, se había quedado sin dinero. José le dijo que podía hospedarse en su casa hasta que su marido fuese a buscarla. Roque viaja desde Chaparra, y al contemplar de nuevo a su mujer, no pudo reprimir la alegría que lo invadía y estrechándola tierna y cariñosamente entre sus brazos permaneció abrazado a ella durante un prolongado rato. Después, y sin salir de su asombro por lo arriesgado del viaje, le preguntó por qué no había esperado a que le enviase el dinero para el billete del viaje; estaba muy feliz en volver a verla, pero también muy preocupado pues no ganaba lo suficiente para la manutención de los dos. Manuela le respondió: *“Roque, no te preocupes por mí, lo que yo necesite me lo ganaré con mi trabajo”*. Conocía muy bien a su mujer y sabía que, si había podido realizar un viaje tan audaz desde España, esa excepcional mujer sería capaz de cualquier cosa.

Juntos reanudan de nuevo su vida en común. Manuela consigue su primer trabajo de limpiadora en casa de una familia muy adinerada, cerca de donde vivían. Dicha familia, para probar la honradez de la nueva trabajadora, en más de una ocasión dejaba algún objeto de valor entre la ropa sucia para comprobar su lealtad. Así logró granjearse la confianza de la familia, hasta el punto que en cierta ocasión, al propagarse un incendio en la casa de los señores, éstos tuvieron que trasladar sus bienes y riquezas y almacenarlos temporalmente en casa de Roque y Manuela. La pareja vio atónita como entre otras pertenencias, guardaron en su casa, tres sacas repletas de monedas de oro. Tan sólo un puñado de esas monedas hubiera servido para hacerlos ricos, y probablemente los señores ni lo hubieran notado, pero la honestidad e integridad de ellos estaba por encima de cualquier consideración y, una vez restaurados los desperfectos causados por el fuego, les devolvieron absolutamente todas las pertenencias que temporalmente habían albergado en su casa.

Al poco tiempo, Manuela se queda nuevamente embarazada y a finales de 1915, nace María, pero los hados les vuelven a jugar una mala pasada y la niña fallece a los ocho días de nacer. Otra vez la fatalidad se ceba con ellos y empiezan a pensar sobre la conveniencia de no tener más hijos, pero la pareja es muy tenaz y, así, en mayo de 1918 tienen una nueva niña y, retando a la providencia, le vuelven a poner el mismo nombre que a la anterior, María y, esta vez sí, la niña se cría y crece totalmente sana, llenándoles de gozo y felicidad.

En 1919, aumenta la demanda de azúcar en todo el mundo que hace que se dispare su precio; el “Central Chaparra”, donde Roque trabaja, tiene que ampliar la producción, consiguiendo un aumento de los beneficios. Se incrementa la riqueza y el bienestar en Cuba, se vive una etapa de prosperidad tal, que ese año es conocido como la “Danza de los millones”. Con el aumento de dicha producción, la compañía “Cuban-American Sugar Company” funda la empresa subsidiaria “Chaparra Railroad Company” que para facilitar el embarque del producto en los barcos exportadores, construye una línea férrea que une la isla “Cayo Juan Claro” con tierra firme y el Central “Chaparra”, ofreciendo a Roque el puesto de capataz de vías y obras férreas, abandonando así la agotadora faena de la zafra. El nuevo trabajo consiste en dirigir una brigada de 22 hombres, que se encargan del funcionamiento de una maquinaria, que recoge agua para los trenes que llevan el azúcar al muelle de embarque del “Cayo Juan Claro”. Manuela será la encargada de cocinar y atender a los 22 miembros de los que Roque es el capataz. El trabajo que Manuela efectúa, le reporta tal beneficio, que llega a obtener casi el doble de ganancias que su propio marido. Como el trabajo es desempeñado con responsabilidad por Roque, la Compañía le firma un seguro de vida de 100 dólares con la aseguradora “Aetna Life Insurance Company” de Hartford, Connecticut, Estados Unidos.

Al matrimonio también parecen irle muy bien las cosas, ganan suficiente dinero para vivir bien e incluso consiguen ahorrar un pequeño capital. En Chaparra son respetados y están muy bien considerados en el vecindario, por fin la suerte parece sonreírles. Pero durante los dos años siguientes, se van a producir una serie de hechos trascendentales en la historia de Cuba que también van a afectar a nuestros entrañables protagonistas. En la primavera de 1920, en pleno auge económico cubano, la cotización del precio de la libra de azúcar sube repentinamente desde los 9,13 a los 22,5 centavos de dólar, momento en el que todo el mundo se dispone a invertir en ese producto que parece ser el nuevo oro blanco.

Enrique, vecino de Roque y Manuela, es uno de los que se dispone a invertir, aprovechando el buen momento del precio del azúcar, y adquiere un paquete de acciones de la “Compañía Azucarera Yaguanabos”, pero al no disponer de dinero en efectivo, les pide un préstamo de 2.000 pesos a devolver en 2 años, al 4% de interés y con la garantía de 50 acciones de dicha Compañía. Saben que esa cantidad significa casi todos los ahorros de su vida en Cuba, pero no saben negarse y, como el precio del azúcar está al alza, piensan que no puede haber ningún riesgo, por lo que acceden al empréstito de tan importante suma.

Pero, de forma repentina, en junio de 1920, la cotización del azúcar inicia una vertiginosa caída hasta los 3,75 centavos de dólar a finales de año. En tan sólo 7 meses, todos los inversores pierden prácticamente su dinero y como consecuencia de este fuerte desequilibrio, se produce una crisis económica de proporciones extraordinarias. Los emigrantes e inversores, pasan apuros, muchos se han arruinado y se plantean regresar a sus países de origen. Enrique, la persona a la que le habían prestado el dinero, también está entre los damnificados, encontrándose hipotecado y sin posibilidad de devolver el préstamo, por lo que en mayo de 1922, cede a Roque ante Notario, las acciones de la “Compañía Yaguanabos”, aunque, dichas acciones, prácticamente carecen de valor por la caída de su cotización, por lo que, con la legislación vigente, Roque tiene la posibilidad de embargar cualquier bien de Enrique, a excepción de la vivienda, para resarcirse de la deuda. Sin embargo, el cálculo aproximado del embargo asciende a sólo 500 pesos y, en esas circunstancias, piensa que, ejecutando esta intervención jurídica, sólo va a recuperar la cuarta parte de la deuda, y sin embargo dejaría a Enrique en la miseria, por lo que, en un acto de extrema generosidad, decide no llevar a cabo el embargo, aunque ello le suponga un gran perjuicio para su propia familia. Roque empieza a comprender que sus 10 años de trabajo en Cuba no han servido casi para nada; por causas indirectas, él también está al borde de la quiebra. Se siente incapaz de superar esta realidad, no comprende como habiendo salido airoso de las circunstancias más adversas que la vida le ha deparado, se encuentre ahora atenazado por la situación.

Durante esos años tienen dos hijos más: Piedad y José, pero a pesar de ello, Roque lentamente empieza a entrar en una depresión, que le quita el apetito y paulatinamente va enfermando, hasta el punto de caer postrado en cama durante varios meses. El médico que lo atiende le dice que debe ir al hospital a que le hagan un chequeo para determinar el origen de la enfermedad. Allí, le informan que tiene una grave alteración en la sangre que le ha reducido el número de glóbulos rojos. La curación pasa por marcharse durante un año a un país más frío con un severo tratamiento o morirá irremisiblemente. El diagnóstico es como una sentencia de muerte, las fuerzas le flaquean, ha luchado mucho en Cuba y desconoce si será capaz de seguir adelante, pero sabe que tiene una familia y que debe hacer un nuevo esfuerzo para no caer en el abatimiento que le podría conducir a un triste desenlace final. Aunque no les agrada regresar a España, no tienen otra alternativa y así después de 10 años y medio en Cuba, Roque y Manuela tienen que abandonar la tierra que les dio todo, pero que también casi se lo arrebató. Regresan, no con toda la fortuna que ellos hubieran deseado, pero sí al menos con el consuelo del pequeño tesoro de sus tres hijos cubanos.